



## LA TEOLOGÍA DEL PADRE

JOSEP M. ROVIRA BELLOSO

En todo lo que Tú no das,  
sea lo que sea,  
te recibimos a Ti.  
Dondequiera que Tú nos lleves,  
sea donde sea,  
nos atraes a Ti

El verdadero título de este estudio debería ser *Esbozo para una Teología del Padre*. No porque el análisis bíblico sea incompleto, ya que tiende a exhaustivo. No porque carezca de la reflexión de largos años. Cuenta, incluso, con el precedente de dos trabajos relativamente recientes, que apoyan el actual<sup>1</sup>. Pero ocurre que la palabra *esbozo* se aviene con el carácter analógico, tendencial, siempre inadecuado e indigencial de nuestro conocimiento del misterio de Dios.

Poco hay que decir sobre el método. Cada vez estoy más persuadido que el «tema bíblico», recomendado por el Concilio Vatica-

---

1. J. M. ROVIRA BELLOSO, *El Padre, fuente original de la salvación*, en «Estudios Trinitarios» XVIII/3 (1984) pp. 343-363; *El Padre, rico en misericordia*, en la Encíclica «*Dives in Misericordia*» de Juan Pablo II, próximo a aparecer en la Revista citada.

no II<sup>2</sup> como base sustentadora de la Teología reflexiva, debe tomar la forma de un análisis completo del NT acerca del tema en cuestión. Esta base previa podrá explicitarse del todo o quedar más o menos implícita en el curso del trabajo, pero es en todo caso necesaria porque sólo una lectura seria del NT —desde las preguntas del teólogo de hoy, situado correctamente en la comunidad eclesial y en el mundo— puede garantizar dos cosas al parecer contrarias: objetividad y actualidad.

Ambas cualidades se encuentran en la síntesis sapiencial que lleva a cabo la «razón iluminada por la fe»<sup>3</sup> del teólogo deseoso de aportar un mensaje a sus semejantes. Esto fue, en definitiva, el método de San Agustín en las cuestiones trinitarias: primero saber qué creemos a base de escrutar las Escrituras; en segundo lugar, ofrecer —en una reflexión teológica consecuente— aquellas razones que puedan aquietar las dudas de los perplejos<sup>4</sup>.

Sin más, podemos empezar este estudio que, obviamente, contendrá una parte más analítica, en lo posible exhaustiva, de lo que el NT enseña sobre el Padre, y otra parte más reflexiva, fruto de la anterior, en la que se intentará la presentación de algunos conceptos básicos relativos al Padre. También es obvio que esta parte reflexiva se vea influida por la recentísima y excelente teología acerca del misterio del Padre<sup>5</sup>, así como por la Encíclica *Dives in Mise-*

---

2. CONC. VAT. II, Decr. *Optatam totius*, n. 16.

3. CONC. VAT. I, Const. Dog. *Dei Filius*, Cap. 4, DS 3016 (D. 1796).

4. SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, I, 2, 4; en *Obras de San Agustín, V. Tratado de la Santísima Trinidad*, Madrid 1968, p. 120.

5. J. ALFARO, *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios*, Salamanca 1988; J. AUER, *Dios, Uno y Trino*, Barcelona 1982; AA. VV. *Qu'est-ce que Dieu?*, Bruxelles 1985; B. BOBRINSKOY, *Le Mystère de la Trinité, Cours de Théologie orthodoxe*, Paris 1986, pp. 162 s., 265 ss.; J. BOTTERO, *Naissance de Dieu, La Bible et l'historien*, Paris 1986; S. BRETON, *Unicité et Monotheisme*, Paris 1981; CENTRE D'ETUDES DES RELIGIONS DU LIVRE, *Celui qui est. Interpretations juives et chrétiennes d'Exode 3, 14*, Paris 1986; C. E. R. I. T. (D. BOURG, dir.), *L'être et Dieu*, Paris 1986; F. X. DURWELL, *Le Père, Dieu et son Mystère*, Paris 1987; J. M. GARRIGUES, *Dieu sans idée du mal, La liberté de l'homme au coeur de Dieu*, Limoges 1982; ID., *El Espíritu que dice «Padre»*, Salamanca 1985; J. GREISCH, *Dieu*, Paris 1985; R. HABACHI, *Théophanie de la Gratuité*, Québec 1986; E. JUNGEL, *Dios como misterio del mundo*, Salamanca 1984; W. KASPER, *Der Gott Jesu Christi*, Mainz 1983; Y. LABBE, *Essai sur le Monotheisme trinitaire*, Paris 1987, pp. 163 ss.; G.

*ricordia*, básica para el tema. Ojalá mi originalidad consista en todo caso en dar un paso adelante a partir de la Tradición.

## I. LA TEOLOGÍA BÍBLICA DEL PADRE

### 1. *En los Evangelios sinópticos*<sup>6</sup>

En ellos se ofrece esta «información» sobre el Padre.

---

LAFON, *Esquisses pour un Christianisme*, París 1979, pp. 58-74 (Dieu, dans le champ de la symbolique); G. LAFONT, *Dieu, le temps, l'être*, París 1982; J. MOLLER (hrsg.), *Der Streit um den Gott der Philosophen*, Dusseldorf 1985; T. MOLNAR, *Le Dieu immanent. La grande tentation de la pensée allemande*, París 1982; J. MOLTMANN, *Gott in der Schöpfung*, München 1985; J. SCHLOSSER, *Le Dieu de Jésus. Etude exégétique*, París 1987; A. TORRES QUEIRUGA, *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*, Santander 1986; J. VIVES, *Si sentiü la seva veu. Exploració cristiana del misteri de Déu*, Abadía de Montserrat 1988; H. VORGRIMMLER, *Theologische Gotteslehre*, Düsseldorf 1985.

6. En J. SCHLOSSER, *Le Dieu de Jésus*, París (1987), pp. 123-178, se encuentran las citas ordenadas según la tradición propia de Marcos, la de «Q», la propia de Lucas y la propia de Mateo. Por mi cuenta me ha sido muy útil la mirada al conjunto de las citas de Mt-Lc acerca del Padre:

Mt 5, 45: «Para que seáis hijos de vuestro Padre».

5, 48: «Sed perfectos como el Padre celestial».

6, 1: El Padre da la recompensa...

6, 4: «El Padre que ve en lo secreto».

6, 6: «El Padre que está en lo secreto».

6, 8: «El Padre sabe de qué tenéis necesidad».

6, 9: «Padre Nuestro».

6, 14: «Si os perdonáis, el Padre del cielo os perdonará».

6, 15: «Si no os perdonáis...».

6, 18: «El Padre que está en lo secreto».

6, 26: El Padre cuida los pájaros del cielo.

6, 32: «El Padre sabe todo antes de que se lo pidáis».

7, 11: «El Padre da cosas buenas a los que se las piden».

7, 21: El que hace la vol. de mi P. entra en el Reino.

10, 20: «No sois vosotros los que hablaréis sino el Espíritu de mi Padre». (Ver

12, 28): «El Espíritu de Dios».

10, 29: «Ni un cabello... cae sin vuestro Padre».

10, 32: «Yo lo confesaré ante mi Padre» (10, 33, negativo).

10, 40: «Quien a mi me recibe, recibe al que me ha enviado».

11, 27: «Todo me lo ha sido dado por mi Padre».

12, 50: Hacer la voluntad de mi Padre del cielo.

15, 13: «La plantación que no planta mi P. será arrancada».

16, 17: «Te lo ha revelado mi P. que está en los cielos».

16, 27: «El Hijo vendrá en la gloria de su Padre».

18, 10: «Ven la faz del P. que está en el cielo».

a. *Dios es realmente Padre: Padre de Jesús*

Que Dios sea *como* un Padre es algo que *sabía* ya el Antiguo Testamento. El solo hecho de ser comparado Dios al Buen Pastor ya es suficiente para asemejarlo a un Buen Padre<sup>7</sup>. Pero la Buena Noticia no es que Dios sea *como* un Padre, sino que Dios *es*, con toda propiedad, Padre de Jesús. Sin esta afirmación básica, el Nuevo Testamento sería ininteligible. La Buena Noticia empieza en el mismo Jesús que la recibe. La Buena Noticia es la *relación de paternidad que Jesús vive como filiación recibida auténticamente*.

También los Sinópticos —Mt y Lc— conocen lo que se ofrece como el rasgo más específico de Dios como Padre: Padre es quien lo da todo al Hijo<sup>8</sup>. Si se reflexiona sobre los datos de los Sinópticos se llegará, sin duda, a las conclusiones del IV Evangelio: a) las relaciones de paternidad y de filiación son, eternamente, las Personas del Padre y del Hijo engendrado; b) la relación de paternidad —podemos balbucear— consiste en que el Padre se da a sí mismo hasta engendrar al Otro; por la relación de filiación, el Hijo lo re-

18, 14: «No es vol. del P. del c. que se pierda ni uno».

18, 19: «Cuando se reúnan 2 ó 3... lo conseguirán de mi P.».

18, 35: «Esto hará... mi Padre celestial (perdonar)».

20, 23: Pertenece al P. dar los lugares a dcha. e izqda.

24, 36: El día y la hora nadie la sabe si no es el P.

25, 34: «Venid, benditos de mi P. a poseer el Reino».

26, 29: «En el Reino de mi Padre».

26, 39.42: «Padre mío, si es posible...».

26, 35: «¿No puedo rogar a mi Padre...?».

28, 19: «En el Nombre del Padre...».

Lc 2, 49: «¿No sabéis que debía estar en la casa de mi P.?».

6, 36: «Sed misericordioso como v. P. es misericordioso».

9, 26: «Cuando venga en su gloria y en la del P.».

11, 2: «Padre, santificado sea tu Nombre».

11, 13: «Vtro. P. del c. dará el E. S. a quienes se lo pidan».

12, 32: «A vuestro P. le place daros el Reino».

22, 29: «Yo dispongo un Reino para vosotros *como* mi P...».

23, 34: «Padre, perdónales».

23, 46: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

24, 49: «Voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi P.».

7. Para la idea de Yahvé-Pastor —el Pastor de Israel— ver E. BEAUCAMP *Le Psautier*, Vol. I, Paris 1976, 116-118, con la cita de los ocho Salmos que tratan el tema. Ver también: Gn 48, 15; 49, 24; 2 Sam 5, 2; 7, 7; Is 40, 11; 49, 4; 63, 14; Jer 23, 1-4; 31, 10; Ez 34; Mi 5, 4; 7, 14.

8. Cfr. Mt 11, 25; Lc 10, 22.

cibe todo hasta ser uno sólo con el Padre; c) sin que se pueda olvidar que tanto la relación de paternidad como la relación de filiación se viven en el amor y el gozo del Espíritu Santo.

Los primeros Padres de la Iglesia pusieron énfasis en la afirmación según la cual Dios tenía realmente, desde toda la eternidad, un Hijo: el Verbo o Palabra eterna del Padre:

«Reconocemos también un Hijo en Dios. Y que nadie tenga por ridículo que digamos que Dios tiene un Hijo. Porque nosotros no pensamos sobre el Dios y Padre con la fantasía de vuestros poetas... sino que el Hijo de Dios es el Verbo del Padre, en idea y en actuación. Y estando el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo por la unidad y la potencia de espíritu, el Hijo de Dios es inteligencia y Palabra de Padre»<sup>9</sup>.

Más tarde, Hilario de Poitiers dirá que los cristianos, divinamente enseñados, «ni anunciamos dos dioses ni tampoco un Dios solitario»<sup>10</sup>, puesto que Padre e Hijo son «unum», es decir: un sólo Dios, pero no «unus», es decir: una persona sola.

El realismo de la paternidad divina es compatible con el hecho de que los hombres no podemos más que balbucear un misterio que arranca de la misma eternidad de Dios y que, en la plenitud del tiempo, se manifiesta en el Hijo de María, Verbo de Dios e Hijo de Dios visible en la carne. Las mismas frases rotundas de los Padres son tanto más geniales cuanto más respetan el misterio sin pretender explicarlo adecuadamente, puesto que ni con la mente ni con las palabras traspasan los límites del lenguaje religioso que es analógico, es decir, simbólico.

El velo no se descorre, por tanto, cuando Atenágoras pretende «saber y afirmar al Dios por cuyo Verbo todo ha sido fabricado y por cuyo Espíritu es todo mantenido»<sup>11</sup>. De la misma manera la rotundidad de Agustín no puede desvelar el misterio de la paternidad divina cuando afirma genialmente:

---

9. ATENÁGORAS, *Legación en favor de los cristianos*, n. 10, en D. RUÍZ BUENO, *Padres Apologetas griegos (s. II)*, Madrid 1979, p. 660.

10. SAN HILARIO DE POITIERS, *La Trinidad*, (I, 17), ed. preparada por L. LADARIA, Madrid 1986, p. 48.

11. ATENÁGORAS, *o.c.*, n. 6, p. 655.

«Ni el Padre es Dios sin el Hijo, ni el Hijo es Dios sin el Padre, pues ambos simultáneamente son Dios»<sup>12</sup>.

Tan estrecha es la relación entre Jesús y el Padre que esa relación, aún en los evangelios sinópticos, se nos ofrece como el centro de la Buena Noticia y como el centro del despliegue trinitario, tal como se nos ha manifestado y entregado gratuitamente en la divina dispensación de la Salud. Tan estrecha es la relación entre Jesús y su Padre que Jesús ha podido decir: «quien me recibe a mí, recibe al (Padre) que me ha enviado». Y este proceso de la recepción de Dios se pone en marcha a partir de la recepción de uno cualquiera de los más pequeños. De esta manera el misterio trinitario queda religado a lo pequeño de la tierra: al grano de mostaza, al vaso de agua, al pobre, al niño. Por otra parte, a todo aquél que reconozca a Jesús delante de los hombres, también Jesús lo reconocerá delante de su Padre del cielo.

#### b. *Los hombres participan de la filiación de Jesús*

Dicho de otro modo: el Padre de Jesús es también Padre de todos los hombres. En efecto, éstos deben amar incluso a los enemigos, «a fin de que seais hijos de vuestro Padre»<sup>13</sup>.

No se trata tan sólo del hecho que Dios sea, por la Creación, «Padre de todos los hombres». Tampoco se ha de pensar en un retorno a la mitología, según la cual también Zeus era «Padre de dioses y hombres». Aquí se quiere decir que la relación del Padre al Verbo hecho carne —a Jesús— se *extiende* de alguna manera real y viva a los que son «imágenes» y «hermanos del Primogénito»<sup>14</sup>. Cuando los hombres decimos «Padre Nuestro», estamos diciendo

---

12. S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, VI, 2, 3; o.c., p. 355. Asimismo: «Así como el Padre y el Hijo son un sólo Dios, y respecto de la criatura son un sólo Creador y un sólo Señor, así con relación al Espíritu Santo son un sólo Principio. Con relación a las criaturas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un sólo Principio, como uno es el Creador y uno el Señor» (*De Trinitate*, V, 14, 15, o.c., p. 347).

13. Mt 5, 45.

14. Cristo, imagen del Padre: Col 1, 15; 2 Cor 4, 4. Ser imágenes del Hijo para que Él llegue a ser primogénito de muchos hermanos: Rom 8, 29.

algo real y verdadero. La distinción entre una y otra filiación la sugerirá el IV Evangelio, cuando el Resucitado puntualiza: «Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios»<sup>15</sup>.

c. *Trascendencia e inmanencia de Dios, el Padre*

Es el Padre del «cielo»: lugar sin lugar; sólo suyo y por encima de nosotros, como decía Agustín<sup>16</sup>. En nuestro lenguaje, decimos que Dios es trascendente. Nuestra percepción directa no alcanza su Esencia; nuestros límites no circunscriben su Presencia. Pero Él es, al mismo tiempo, inmanente al corazón del hombre, ya que ve el «secreto» de la intimidad humana y en ella habita su Presencia.

En efecto: el concepto de trascendencia no connota tan sólo superación por encima de lo humano, sino simultáneamente presencia y traspaso para ir más allá, de suerte que este «ir más allá» no da lugar a una realidad *como la nuestra*, pero situada por encima de nosotros (éste es el concepto de «trascendencia» que la filosofía moderna rechaza), sino algo que más allá de nuestros límites dice permanentemente *presencia e intimidad*, tal como la luz traspasa los cuerpos transparentes para ir más allá de ellos.

De suerte que la trascendencia del Padre, tal como nos la dan a entender los evangelios sinópticos (a la luz de Ef 4, 6: «Dios sobre todos y en todos») está significando a la vez: *condición de posibilidad y fuerza de realización*. Es decir: Dios es trascendente como las coordenadas que hacen posible nuestra existencia —como su condición de posibilidad, que supera nuestra limitación y contingencia— pero al mismo tiempo es la fuerza espiritual que nos «deja ser» y nos «hace ser» desde nuestra intimidad.

---

15. Jn 20, 17.

16. S. AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 26, 37; CSEL, 33, 255.

d. *El Padre se revela al Hijo. El Hijo revela el Padre a los hombres, introduciéndoles en las primicias de su Reino*

El Padre se revela al Hijo y aquéllos a quienes el Hijo se lo manifiesta. Esta Revelación llega a su término mediante la efusión del Espíritu del Padre (y del Hijo).

En los Sinópticos todavía no aparece, en toda su intensidad, como en Juan o en Pablo, el tema de la Revelación *en la imagen que es el Hijo*. No obstante, el «Ungido y Enviado», despliega en el mundo la senda de la justicia de Dios, hasta el punto de introducir en el tiempo y en el espacio el Reino-de-Dios, en el que los Apóstoles y los discípulos son introducidos<sup>17</sup>. De esta suerte, la Revelación del Padre adquiere una tonalidad mucho menos escolar de lo que podría ser una revelación hecha solamente con palabras y conceptos, como iniciación a un conocimiento puramente intelectual.

La Revelación por la Palabra, en efecto, supone la manifestación del Padre en su Reino y Reinado, allí donde su voluntad de amor adquiere una realización no sólo enunciativa sino práctica. De este modo, la revelación del Padre aparece en relación con el advenimiento del Reino (de Dios, del Cielo, del Padre...). Al Padre toca recibir en su Reino a quienes Él ha bendecido (los «benditos de mi Padre»); así como dar los sitios de preferencia, a su derecha y a su izquierda. Nadie sino el Padre conoce el día y la hora en que aparecerá, como consumación total del Reino, la señal de la Presencia decisiva del Hijo del hombre.

La voluntad del Padre es un misterio de amor. De tal manera el Padre quiere el bien de su Hijo y de sus hijos que «no es propio de la voluntad del Padre que se pierda ni siquiera uno de estos pequeñuelos». Por eso Jesús tiene un cuidado exquisito en aceptar, cumplir y realizar en la tierra la voluntad del Padre del cielo: «Padre si es posible...»; «No se haga mi voluntad sino la tuya». En resumen: dentro de la voluntad de amor del Padre, nada se pierde;

---

17. Sobre todo: Lc 22, 28-30. «Como... así»: ésta es la ley característica del *paso* gratuito de la riqueza del Reino del Padre a Jesús, y de Jesús a nosotros. Del mismo modo, el ejemplo que nos da Jesús sigue también la ley de «como... así»: Jn 13, 15.34; 15, 9-10.12.



en cambio «será arrancada» —se perderá— la plantación que no ha plantado el Padre y, por tanto, está fuera del ámbito de su querer identificado con su amar. Esta es la razón por la que los cristianos son bautizados «en el Nombre del Padre»: consagrados a El. De suerte que *no hay mayor bien sino el de obrar en el Nombre del Padre: realizando su voluntad de Amor y preparando su Reinado de verdad, justicia, amor y libertad, como columnas de la paz*<sup>18</sup>.

Ésta es también la razón de que en el Reino entren los que han hecho la voluntad del Padre, ya que quien hace la voluntad del Padre, ése es el hermano y la hermana y la madre de Jesús. En definitiva: las dos peticiones del «Padre Nuestro», a saber: «Venga tu reino» y «Hágase tu voluntad», coinciden y una no es más que el desdoblamiento de la otra.

e. *El Padre es perfecto en su Misericordia. Por eso perdona*

Es perfecto, y atrae a sus hijos para que participen de esta perfección, y sean «misericordiosos como Él lo es». Esta comunión con el Padre es la suprema identificación con Él a la que podemos llegar en la tierra, ya que el «conocimiento de su Faz», no se obtiene aquí abajo. «Ver la Faz del Padre» es algo propio de los ángeles que velan sobre los pequeños de este mundo, cuyos «ángeles están en el cielo».

La misericordia no es tan sólo el gesto de levantar al caído con ternura: es una suerte de conocimiento. Y así, el Padre sabe de qué tienen necesidad los hombres, antes incluso de que éstos expresen una petición explícita. Por eso, según San Mateo, «da cosas buenas» a quienes se las piden; mientras —según San Lucas— «da el Espíritu Santo a quienes le ruegan»<sup>19</sup>.

Esto planteará el delicado problema teológico de la Providencia, que desde la óptica del Padre tiene una formulación muy sencilla.

---

18. Cfr. JUAN XXIII, Encíclica *Pacem in Terris*, nn. 157.161.

19. El Padre más que darnos «cosas» nos da su Santo Espíritu, el Don por excelencia que hace crecer las personas, y en definitiva edifica el Cuerpo Místico de Cristo que es su Iglesia.

lla y exacta: lo propio del Padre es engendrar y promover el crecimiento de sus hijos. La Providencia tiene que ver con ese nacimiento y actuación de los hijos de Dios, de suerte que una buena formulación de la misma es la siguiente: es voluntad del Padre que podamos existir, orar, amar y actuar siempre como hijos suyos. La Providencia consistirá en que nunca falte a los hombres el Espíritu del Padre y del Hijo<sup>20</sup>.

Así se iluminan las afirmaciones de los Sinópticos acerca del «cuidado» con que el Padre cuida los pájaros del cielo, o guarda los cabellos de nuestras cabezas, incluso en nuestro mundo de desarraigo y de tecnificación: siempre tendremos el Espíritu de hijos del Padre para poder ser misericordiosos —perfectos— como Él lo es.

El *perdón del Padre* es una consecuencia de su total misericordia. El hecho de que el perdón del Padre sea, en realidad, la efusión del Espíritu Santo sobre el pecador, así como la promesa de que «el Espíritu del Padre» hablará por la boca de sus hijos perseguidos, muestra a las claras que el Padre (junto con el Hijo) posee la realidad divina del Espíritu Santo, para derramarlo sobre los pecadores como la fuerza y la claridad de Dios.

No es poco, pues, el «material informativo» que ofrecen los Sinópticos acerca del Padre y de nuestra relación con Él. Juan no ofrecerá algo *distinto*, sino simplemente algo más *dinámico* y *dramático*. Mostrará la Palabra eterna saliendo del seno del Padre y encarnándose en el tiempo —en la historia—, de manera que la vida humana será semejante al paradigma de Jesús, quien sale del Padre y viene al mundo, para dejar finalmente el mundo y volver al Padre.

## 2. *El Padre según el Evangelio de San Juan*

### a. *El Principio*

En el Principio existía la *Palabra* salida de la entraña de Dios, el *Padre* de todo amor. Es lo más opuesto a decir que «en el princi-

---

20. Ver J. M. ROVIRA BELLOSO, *Revelación de Dios. Salvación del hombre*, Salamanca, 2ª ed., pp. 201-202.

pio» reinaba la *nada* o el *caos*. Muy distinto a decir que «en el principio» reinaba la *fuerza ciega*. Es bueno, para entender de alguna manera el Prólogo del IV Evangelio, volver a la exégesis de Agustín, de Orígenes, de Tomás de Aquino:

«Solamente el Padre es principio sin principio... El Hijo es principio en el sentido de que procede del Padre»<sup>21</sup>.

En el principio reinaba un designio de amor que se concreta y expresa en el Logos divino. Es un designio que se hace más y más concreto ya que el Logos de Dios toma la figura del hombre Cristo Jesús. Por eso, podemos decir con Tomás de Aquino: «En el Padre estaba el Hijo»<sup>22</sup>. En el principio existía la Palabra como designio sapiente y lleno de amor del Padre. Ésta es la suprema razón por la que siempre y en todo momento podemos decir: *no estamos solos*. No somos material derelicto o de deshecho. Somos hijos en las coordenadas del Amor paterno. Somos hijos en el ámbito de comprensión del Logos-Hijo.

b. *Dios es el Padre de Jesús, Palabra hecha carne*

Es el Padre del Hijo Unigénito; del que habita el seno del Padre. Con razón los «judíos» reprochan a Jesús que «afirmaba que Dios era su Padre» al paso que Jesús les podía reprochar que ellos rechazaban esa paternidad<sup>23</sup>.

c. *El IV Evangelio atribuye al Padre la acción, el amor, la donación y el envío*

— El Padre *actúa*. Y tiene la suprema iniciativa del actuar,

21. S. AGUSTÍN, *De Genesi ad Litteram imperfectus Liber*, III, 6, en *Obras de San Agustín*, XV, Madrid 1957, p. 504. Para ORÍGENES, ver J. RIUS-CAMPS, *El dinamismo trinitario en la divinización de los seres racionales según Orígenes*, Roma 1970, pp. 113-115, 117-118: La Sabiduría es Principio.

22. S. TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium sancti Ioannis Lectura*, I, 1; n. 35, Torino-Roma, 1952, p. 10: «Secundo modo potest accipi Principium prout supponit pro persona Patris, quod est principium non solum creaturarum sed omnis divini processus... Secundum hoc ergo dicitur *In principio erat Verbum*, ac si diceretur: In Patre erat Filius. Et haec est responsio Augustini et etiam Originis».

23. Jn 5, 18 comparado con 8, 42.

de manera que el Hijo no puede hacer sino lo que le ve hacer al Padre <sup>24</sup>.

— El Padre *ama* al Hijo <sup>25</sup> y a los hijos <sup>26</sup>.

Formas distintas de expresar esos mismos contenidos son: lo *sella* con su Espíritu <sup>27</sup>; *está con el Hijo*: en comunión de inteligencia, amor y vida con el Hijo <sup>28</sup>; *escucha* al Hijo <sup>29</sup>; *honra* al Hijo <sup>30</sup>; *glorifica* su Nombre <sup>31</sup>.

— El Padre *lo da todo al Hijo*: le da los *discípulos* <sup>32</sup>; le da una *obra* para que la realice <sup>33</sup>; le da el *cáliz* <sup>34</sup>; le da el *mandato* <sup>35</sup>; le da su *voluntad* para que el Hijo la realice; le da el *juicio* <sup>36</sup>, le da *testimonio* y da también testimonio con las mismas obras que el Hijo hace <sup>37</sup>; se lo da *todo al Hijo* <sup>38</sup>; nos da el *pan del cielo* <sup>39</sup>; nos da el propio Hijo <sup>40</sup>; nos *atrae*: nos da la posibilidad de *ir al Hijo* <sup>41</sup>; nos *concede* cuanto le pedimos en nombre de Jesús <sup>42</sup>.

— El Padre *envía* al Hijo <sup>43</sup>; *envía* al otro Consolador <sup>44</sup>.

d. *Lo que hemos de hacer los creyentes en relación con el Padre*

— *Escuchar su Palabra*: esa Palabra que no es de Jesús sino

24. *Id.* 5, 17-19.

25. *Id.* 5, 20; 10, 17; 15,9.

26. *Id.* 3, 16; 14, 21.23; 16, 27.

27. *Id.* 6, 27.

28. *Id.* 8, 16; 14, 10.11.20; 16, 32.

29. *Id.* 11, 41-42.

30. *Id.* 12, 26.

31. *Id.* 12, 28; 17 *passim*.

32. *Id.* 6, 37.39; 17, 9-12; 18, 9.

33. *Id.* 5, 36; 10, 25.32.37-38.

34. *Id.* 18, 11.

35. *Id.* 10, 18; 14, 31.

36. *Id.* 5, 22. ¿45?

37. *Id.* 5, 37; 8, 16; 10, 25.

38. *Id.* 3, 35; 10, 29; 13, 3; 16, 15; ver Mt 11, 27.

39. *Id.* 6, 32.

40. *Id.* 3, 16; 1 Jo 4, 9.

41. *Id.* 6, 44.65.

42. *Id.* 15, 17; 16, 23.26.

43. *Id.* 6, 27; 7, 28.29: procedencia y misión; 7, 33; 8, 16.18; 10, 36; 12, 49.50; 20, 21.

44. *Id.* 14, 16.26; 15, 26; 26, 15.

del Padre<sup>45</sup>. *Creer en Él*<sup>46</sup>. Creer también en el Hijo<sup>47</sup>. *Conocerlo*<sup>48</sup>. (Juan explicita la forma de conocer al Padre a través de la *mediación de su Palabra filial*. Conociendo a Jesús, conoceremos al Padre, porque Cristo es la Palabra que habla del Padre que lo ha enviado<sup>49</sup>; habla de lo que el Padre le ha enseñado y habla, en definitiva, de lo que ha visto y oído cabe el Padre<sup>50</sup>. No podemos verle directamente pero lo podemos «ver» en Jesús<sup>51</sup>).

— *Amarlo*<sup>52</sup>. *Recibirlo*<sup>53</sup>. *Cumplir su voluntad de Amor*, la cual consiste en que no se pierda nadie<sup>54</sup>. *Ir hacia Él* como Jesús que ha salido de Él, y a Él vuelve<sup>55</sup>; «Pasar de este mundo al Padre»<sup>56</sup>. *Ir hacia Él* por Jesús e ir a Jesús atraídos por el Padre<sup>57</sup>. Variante: Ir a la Casa del Padre<sup>58</sup>. *Adorarlo* en Espíritu y en verdad<sup>59</sup>. *Honrarlo*<sup>60</sup>. *Glorificarlo*. Buscar su gloria<sup>61</sup>.

e. *Pero hay actitudes negativas: de rechazo*

*No conocerle*<sup>62</sup>. *Aborrecerle*<sup>63</sup>. *Odiarle*<sup>64</sup>.

- 
45. *Id.* 6, 45; 7, 16; 14, 24.  
46. *Id.* 5, 24; 6, 40, 14, 1.  
47. *Id.* 12, 44; 14, 1.  
48. *Id.* 10, 15; 14, 7-9.  
49. *Id.* 8, 27-29; 16, 25; 12, 49.  
50. *Id.* 8, 27 s.38; 12, 49; 15, 15; 16, 25.  
51. *Id.* 1, 18; 6, 45; 12, 45; 14, 6-19.  
52. *Id.* 14, 31.  
53. *Id.* 13, 20.  
54. *Id.* 6, 38.40; 8, 29.  
55. *Id.* 7, 29; 13, 1.  
56. *Id.* 13, 3; 14, 2.28; 16, 10.17.28; 20, 17.  
57. *Id.* 14, 6: Ir hacia el Padre por Jesús; 6, 44.65: Ser atraídos hacia Jesús por el Padre.  
58. *Id.* 14, 2; Casa del Padre, como «templo»: 2, 16.  
59. *Id.* 4, 21-23.  
60. *Id.* 5, 23.  
61. *Id.* 15, 8; 17 *passim*, 7, 18.  
62. *Id.* 15, 21; 16, 3.  
63. *Id.* 15, 24.  
64. *Id.* 15, 23.

### 3. El Padre, en el «Corpus paulinum» y en el resto del NT

#### a. Bendiciones y doxologías, como saludo epistolar

Todas las Epístolas del *Corpus paulinum*, con la salvedad de la Epístola a los Hebreos, empiezan con una bendición del Apóstol que desea a sus destinatarios «gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre». (La palabra «Padre» está ausente de 1 Tim, pero el sentido del saludo de esta carta es exactamente el mismo que en las restantes)<sup>65</sup>. Además, 2 Corintios, Gálatas y Efesios contienen, también a manera de dintel, una enardecida doxología: bendición a Dios que, en Efesios, se convierte en un intenso himno-prólogo de gran valor teológico, ya que —análogamente al Prólogo de Juan— contiene una profunda visión de la *voluntad del Padre* centrada en el Hijo Jesucristo<sup>66</sup>.

¿Tiene un significado el hecho de que la palabra «Padre» se encuentre bien como origen de la gracia y de la paz con que Pablo bendice a los miembros de las diversas Iglesias, bien como término de las doxologías? Está claro: en uno y otro caso, el Padre, es el *Origen* de la gracia que nos bendice y justifica; es el *Término* u objetivo final no sólo de nuestra más gratuita oración de adoración, sino del itinerario que realizan en seguimiento y como cortejo de Cristo los ya justificados. El empleo de la palabra «Padre», como

65. Rom 1, 7; 1 Cor 3; 2 Cor 1, 2; Gal 1, 3-4; Ef 1, 2; Fil 1, 2; Col 1, 2; 1 Tes 1, 1; 2 Tes 1, 1-2; 1 Tim 1, 2 (falta la palabra «Padre», pero el sentido es el mismo); 2 Tim 1, 2; Tit 1, 4; Fil 3.

66. «Tout se fait *selon le bon plaisir de la volonté divine*: l'économie du salut n'est pas fondée sur des rapports de justice commutative, mais sur une libre bienveillance de Dieu. A l'origine de tout, il y a un amour vivant, gratuit, personnel. Ces premiers versets de l'épître aux Ephésiens peuvent bien être dits l'hymne de la grâce prévenante» (J. HUBY, *Les Epîtres de la Captivité*, Paris, 1947, p. 161-162. En esta Epístola, la *voluntad del Padre* se caracteriza como *eudokia* (beneplácito); *theléma* (voluntad); *próthesis* (propósito); *boulés tou thelématos* (consejo de su voluntad). Ver H. SCHLIER, *Lettera agli efesini*, Brescia 1965, pp. 59-70. El *beneplácito del Padre* genera en Cristo la *divina economía* o dispensación divina, la cual permanece en el *misterio*: escondida en su propia invisibilidad, pero manifestada en la Imagen del Hijo y en los signos de la caridad y de los sacramentos. El beneplácito del Padre es la primera gracia pre-veniente y, por eso, el verdadero argumento del Prólogo-Himno de Efesios.

término de la oración de alabanza o de súplica permanece constante en el NT: ¡Y sólo por la fuerza y la claridad del Espíritu podemos clamar «Abbá», Padre, como dicen al unísono Rom 8, 15 y Gal 4, 6!

b. *Otras doxologías y bendiciones al Padre*

Aparecen en el interior de las Epístolas, no sólo al comienzo. Salpican el discurso religioso de Pablo. Una de las más típicas es sin duda: «A Dios, nuestro Padre, la gloria por los siglos de los siglos. Amén»<sup>67</sup>. El creyente, con toda la fuerza de su deseo entusiasta le atribuye al Padre la gloria y la bendición: la luz que le pertenece eternamente, pero que le es reconocida por la criatura, la cual —de este modo— entra en comunión con el Padre y, por tanto, le conoce.

c. *Exhortaciones a elevar acciones de gracias a Dios*

Cercanas a las doxologías, son exhortaciones para que nuestra vida práctica —no sólo el lenguaje— esté saturada de espíritu doxológico: acción de gracias, alabanza, y glorificación<sup>68</sup>. Están en la línea de la primera petición del *Padrenuestro*: Glorificada sea la persona del Padre.

d. *Exhortaciones a vivir «ante el Padre»*

Son variantes de las exhortaciones anteriores. Cuando Pablo dice «doblo mis rodillas *ante el Padre*»<sup>69</sup>, en realidad lo muestra como horizonte trascendente de nuestra vida: en cuya presencia caminamos, a cuya luz nos movemos, bajo cuyo impulso de amor ac-

---

67. Fil 4, 20. Ver 2 Cor 1, 3; 11, 31; Ef 1, 3-11; 5, 20; Col 1, 3; 1 Tes 1, 3; 1 Pe 1, 3.

68. Rom 15, 6; Ef 5, 20; Fil 2, 11; Col 1, 3.12-13; Sant 3, 9.

69. Ef 3, 14; Ver 1 Tes 1, 3; 3, 13.

tuamos. Según las antiguas expresiones veterotestamentarias, Noé caminaba «con Dios» y Abraham «delante de Dios». Pero también hoy día tiene importancia este modo de hablar, porque supone la confianza de que al Padre no sólo le encontramos en la naturaleza idílica, que muchos no pueden contemplar, sino en las fronteras de nuestra vida: en cualquiera de sus situaciones es posible «andar en la presencia de Dios».

e. *Fórmulas en las que el Padre trasciende toda nuestra vida*

Están en continuidad con lo dicho. El ejemplo más claro es el célebre resumen de *Efesios*: «Un sólo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos»<sup>70</sup>.

f. *Fórmulas trinitarias*

La más clara es 2 Cor 13, 13: «La gracia de Jesús, el amor de Dios y la *koinonia* del Espíritu». Pero es también muy expresiva la fórmula según la cual: «Por él (por Cristo) unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu»<sup>71</sup>.

g. *Súplicas en demanda de espíritu de Revelación*

Ya que el Padre, como advierte Lucas, se muestra Padre en el acto de darnos el Espíritu: por eso, podemos pedirle al Padre espíritu de sabiduría y de revelación<sup>72</sup>.

---

70. Ef 4, 6; 1 Cor 8, 6.

71. Ef 2, 18; 1 Pe 1, 2. Tal vez 2 Tes 2, 16, si la palabra «Consolación» podemos tomarla por Espíritu Santo.

72. Ef 1, 17. En la misma línea Sant 1, 17. En 1 Tes 3, 11 se pide la relación correcta con el prójimo.



### h. *Algunas fórmulas no doxológicas*

Heb 1, 5; 12, 9; 1 Pe 1, 17; Sant 1, 27. Su escaso número indica que el vocativo *Padre* nos ha sido dado ante todo para *invocarlo* —en alabanza o súplica— y para *glorificarlo*.

## II. LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA SOBRE EL PADRE

La sección anterior, o lectura bíblica, será aquí un constante punto de referencia. O, mejor, la verdadera aunque oculta infraestructura de esta segunda parte. Porque los temas de la primera reaparecerán una y otra vez sometidos al desarrollo lógico que les presta el contacto con dos fuertes incentivos: a) las preguntas reales de la gente de hoy, que nos obligan a profundizar en la lectura bíblica; y b) la reflexión sapiencial que, lejos de ser algo vago o indefinido, es la síntesis de la savia que filosofía y mística le proporcionan.

### 1. *La analogía y la realidad del Padre que engendra*

Durwel, en *Le Père*, subraya una idea que, en mi estudio de 1984, ocupaba un posición central. A pesar de todas las limitaciones del lenguaje simbólico o analógico, propio del ámbito religioso, hay que entender en el sentido más fuerte y real la autofecundidad de Dios, el Padre.

«Tout amour vrai est extatique, celui de Dieu est infini, l'extase du Père est totale: *Dieu Est dans l'engendrement*. Il Est dans la relation au Fils»<sup>73</sup>.

Esto, en el plano de la Trinidad en sí misma. En el plano de la Trinidad manifestada en la divina dispensación, para Durwell, la Encarnación y la Resurrección de Jesús son la prolongación en el tiempo del acto eterno de generación por el cual Dios es Padre<sup>74</sup>.

73. F. X. DURWELL, *Le Père*, Paris 1987, p. 76. Ver también p. 62.

74. *Ibidem*, pp. 57-77.

Por mi parte, en mi trabajo de 1984 precisaba así la autodonomía del Padre al Hijo.

«Cuando Jesús llama 'Padre' a Dios, no solamente está indicando la relación de intimidad que a él le une, sino que está señalando la *autofecundidad* divina. En efecto, cuando san Agustín explicita las fórmulas del tipo 'no hay Padre sin un Hijo y ambos son sólo Dios', no solamente está diciendo que el concepto de Padre es relativo y que no puede subsistir sin referirse a la persona del Hijo, sino que está indicando que el Padre *engendra*: no es que se encuentre ante sí al Hijo, como si éste hubiese brotado independientemente de su ser de Padre, sino que 'está ahí', precisamente como engendrado»<sup>75</sup>.

Que el concepto de Padre, además de ser relativo incluye la generación y, por cierto, la *generación por el amor*, lo explicita ya Platón en el *Banquete*<sup>76</sup>. Pero el realismo con el que un cristiano debe tomar la expresión sálmica «Yo te he engendrado hoy»<sup>77</sup>, no debe hacernos pensar que ese realismo elimine el misterio del Padre: la paternidad divina es el gran *mysterium fidei*, y decir que Dios es Padre sigue siendo una analogía que no aporta las líneas ni la luminosidad adecuada a lo que, con ella, queremos decir acerca de Dios. Lo afirma con exactitud B. Bobrinskoy: «No podemos recluir al Padre en la imagen humana de la paternidad»<sup>78</sup>.

En el punto de la paternidad de Dios, más que en cualquier otro, se cumple la ley teológica según la cual la *analogía del ente* depende en última instancia de la *analogía de la fe*. En efecto, no son las cosas del «cielo» las que se parecen a las de la «tierra», sino éstas las que reflejan pálidamente las divinas, aunque —en maravillosa circularidad— conocemos las cosas celestes a partir de las humanas.

En efecto, empezamos conociendo que Dios es Padre a través de la misma analogía humana que nos ofrece la Escritura: pensamos

---

75. J. M. ROVIRA BELLOSO, *El Padre, fuente original de la salvación*, en «Estudios Trinitarios XVIII/3 (1984) 350.

76. PLATÓN, *Banquete*, 119, en *Obras Completas*, Madrid 1979, p. 581. Ver RICARDO DE SAN VÍCTOR, *De Trinitate*, III, 2-5, en *La Trinité*, «Sources Chrétiennes», París 1959, pp. 169-178.

77. Salmo 2, 78; cfr. 110, 3.

78. B. BOBRINSKOY, *Le Mystère de la Trinité*, París 1986, p. 268. Ver también p. 273.

que Dios tiene una cierta semejanza con los padres de la tierra; no es exactamente como ellos, sino que es excelso, pero descubrimos la semejanza *a partir de los padres humanos*. Éste es el nivel de la *analogía entis*.

Pero, en un segundo momento, caemos en la cuenta de que la paternidad de Dios es tan excelsa —absolutamente superior a la paternidad humana— que de ninguna manera puede deducirse adecuadamente como un proceso de magnificación de la paternidad terrestre. Es exactamente al revés: en un principio, originariamente, Dios tiene una cualidad suprema y ejemplar que aparece débilmente reflejada en la forma de la paternidad terrestre. Es ésta la que ofrece una cierta «analogía» respecto de la divina paternidad original y originante. Es el nivel de la *analogía fidei*:

«Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, *de quien toma nombre —realidad— toda familia en el cielo y en la tierra*»<sup>79</sup>.

¿Cuál puede ser la versión actual, religiosa y antropológica, de esta visión del Padre como aquel que *engendra por amor y en el amor*? La de quien existe *para el otro*. Es en la medida que se da. Atención: esto sólo es posible para el ser divino, transparente y simplicísimo; luz pura.

«Dans la génération du Fils, la personne du Père se constitue elle-même»<sup>80</sup>.

El Padre es quien *lo ha dado todo*. Incluso *se ha dado a sí mismo* para, así, engendrar al Otro, al Hijo. Esto a pesar de ser puro balbuceo en sombras y en analogía, debería bastar para entender dónde está el supremo paradigma de nuestro ser y actuar.

No obstante, la neo-individualista *edad posmoderna* podría tener dificultades para entenderlo así. En este caso, sería bueno sugerir esto: prescindiendo de la antigua cuestión medieval sobre el amor estático evocada por Durwell, es cierto que sin un amor originante que haga brotar lo *otro-desde-sí-mismo*, estaríamos en pleno

79. Ef 3, 14.

80. F. X. DURWELL, *o.c.*, p. 145.

nihilismo: no habría nada más —absolutamente nada más— que *nada*. Es así, sin embargo, que «hay más bien ser que nada...». Es así que hay en la tierra indicios de verdadero amor... Parece, pues, que la respuesta a la mentalidad posmoderna tiene que elevarse desde el «ser débil» y desde los «indicios del amor» hasta el horizonte de Aquél que nada pequeño ni marginado olvida.

## 2. *La analogía y la realidad del Padre que crea*

Hoy día los teólogos encuentran dificultades en el tratado sobre la Creación, porque no tenemos experiencia ninguna de lo que es «crear». No la tenemos porque, así como podemos hallar en la tierra modelos de lo que es un buen padre, carecemos de modelos humanos de lo que es «creación» en su estricto sentido. En efecto, «fabricar» es lo que hace el «homo faber»; no, por cierto, crear. Precisamente ésa es la diferencia que establecemos *a priori* entre sacar de la nada (crear) y componer algo nuevo a base de elementos preexistentes (fabricar).

Experimentamos que el hombre *transforma* el mundo, pero no advertimos suficientemente que *no lo crea*. No lo puede crear. Ni siquiera puede crear una especie de sistema ecológico, de infraestructura o de «software» general que funcione por sí mismo en beneficio de todos. Lo que puede el hombre es des-componer el mundo, cuando su acción es negativa: «creadora» de muerte y destrucción. No apunto a un nuevo pesimismo, sino a mostrar que, al parecer, carecemos de experiencias que nos permitan vislumbrar qué cosa es el acto divino de crear. El artista es el que está más cerca de este milagro porque, en la obra de arte, surge algo cualitativamente distinto y nuevo respecto de la materia empleada.

Esta carencia de analogías acerca de la creación y la enorme desconfianza de nuestra cultura empirista hacia la metafísica —¿qué significa el paso de la *nada* al *ser*?— hacen hoy problemático el tratado sobre la Creación. Pero caben dos advertencias muy hondas aunque parezcan de detalle.

*Primera advertencia:* la teología se mueve entre el *creer* y el *ver*. Lo que incluye un cierto *entender*. Lo primero que hemos

de advertir es que la teología supone un cierto *entendimiento* no sólo de las palabras sino de las realidades. En efecto,  *vemos* el cosmos; *entendemos* que todas las cosas en el mundo tienen un origen: *creemos* en Dios Creador, Origen de cuanto existe. Todo esto, a pesar de las dificultades, tiene cierto sentido e inteligibilidad. No es, por tanto, un salto intelectual en el puro vacío suponer en el Padre una *voluntad creadora*: el Padre crea con su Palabra, es decir, con su voluntad, afirmaba Maimónides <sup>81</sup>.

Es verdad, para decirlo de un modo chocante, que ningún teólogo o filósofo piensa descubrir, en un laboratorio, el alcaloide de la «creacionina» capaz de dar existencia, vertebración y vida a un ser. Dicho académicamente, no sabemos, no podemos saber adecuadamente qué es el *acto creador de Dios*. Ésta es, junto con el actual déficit de metafísica, una de las dificultades del tratado *sobre la Creación*. ¡Pero, a pesar de esas dificultades, este tratado puede aspirar a dar cuenta, de *algún modo*, del significado y de la relevancia del Acto Creador!

Decir «el Padre es Origen no originado, ni engendrado»; decir «el Padre crea»; decir «lo propio del Padre es crear» nos pone en la pista de la segunda advertencia: ¿cuál es el ámbito y el objeto de la Creación del Padre?

*Segunda advertencia*: Dios no es tan sólo el Creador del Cosmos, sino el *Creador y Padre* de la persona humana, creada a su imagen y semejanza. Una imagen, al decir de Agustín, siempre necesitada de reforma o de re-creación espiritual mientras peregrina en la tierra <sup>82</sup>. Aquí se sitúa nuestra pregunta: de este nivel de Creación prevalentemente humana y personal ¿acaso no tenemos alguna experiencia, siquiera sea indirecta y mediata?

---

81. M. MAYMONIDE, *Le Guide des Egarés*, París 1979, pp. 159-160. Para la Creación según Maimónides: A. WOHLMAN, *Thomas d'Aquin et Maimonide. Un dialogue exemplaire*, París 1988, 23-48; 81-103.

82. S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, XV, 16: «Tamen cum et hoc fuerit, si et hoc fuerit, formata erit creatura quae formabilis fuit, ut nihil iam desit eius formae, ad quam pervenire deberet, sed tamen coaequanda non erit illi simplicitati, ubi non formabile aliquid formatum vel reformatum est, sed forma; neque informis neque formata, ipsa ibi aeterna est immutabilisque substantia». En *o.c.*, p. 710.

Estas experiencias no son suficientes para sostener el tratado *sobre la Creación*, tradicionalmente centrado sobre el Cosmos, pero permiten entender quién es el Padre de Jesucristo y —por gracia— de todas las personas, constituidas como hijos suyos o llamados a serlo.

En efecto, llamamos *Padre* a aquel cuya acción no es solamente el acto creador del Cosmos, sino el acto de dar a las personas humanas el Espíritu... Creador. Por eso, puede decirse que Dios no sólo crea la realidad del mundo sino principalmente crea y recrea las personas por la efusión del Espíritu. Del mismo modo, Dios más que «darnos cosas» nos «hace personas»<sup>83</sup>. Llamamos *Padre*, en definitiva, al que *crea* para los hombres, sus hijos, un *futuro* de esperanza y de crecimiento personal o colectivo. Llamamos *Padre* al que *crea* en nuestra vida empírica una dimensión de *eternidad*: eternidad en el tiempo y en la historia. En ella vuelca el don de su palabra que *ilumina* y de su Espíritu que *vivifica*, y por cierto con la vida divina. Es la dimensión de revelación y de santidad: algo invisible pero real.

Respecto a la creación del *futuro* de Dios en el hombre, Jeremías señala de modo genial que Dios se compromete a «darnos un tiempo futuro lleno de esperanza»<sup>84</sup>. Incluso cuando no hay esperanzas humanas, cuando la finitud muestra los límites que circunscriben nuestra vida, el amor del Padre abre en nuestro presente un futuro de imprevista esperanza. Esa «confiada espera en el porvenir» es auténtica *creación* o *re-creación* de las personas, y provoca esas inefables experiencias vividas por ciertos enfermos incurables, por algunos encarcelados que padecen por la justicia, por los mártires...<sup>85</sup>.

---

83. Este es el sentido de Lc 11, 13: «Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!». Los hombres damos cosas. Dios da el Espíritu. Ver J. VIVES, *Si sentiú la seva veu...* Abadía de Montserrat 1988, p. 41: «Un déu de persones, no de coses», es el título del capítulo II.

84. Jer 29, 11; 31, 17.

85. Cfr. *Dominum et vivificantem*, nn. 12 y 34, y otros muchos lugares.

### 3. *La Resurrección de Jesús como generación en el tiempo y como fundamento de la nueva creación del Padre*

Cuando decimos que Dios es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, afirmamos que esta paternidad se ejerce sobre todos los momentos y avatares de la vida de Jesús-Mesías. Pero hay en ella un trazo en que la paternidad de Dios se manifiesta en plenitud de gloria, correlativa a la suprema sencillez y despojo con que Jesús entrega su vida: es el momento Pascual, ese momento glorioso de Resurrección en el que desemboca la muerte en Cruz<sup>86</sup>. Esta cumbre de la vida de Cristo muestra mejor que cualquier otro momento lo que significa que «Dios es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo». Lo comprendemos mejor porque ahí se manifiesta esa paternidad como lo que realmente es: como generación en el tiempo y como nueva creación; como vértice del doble filo de la creación del Padre: engendrar y crear.

Rom 8, 11 es un texto importantísimo tanto por su estructura trinitaria y por mostrar lo que es la vida en el Espíritu, como por referirse al Padre como «Aquél que resucitó a Jesús»:

«Y si el Espíritu de Aquél que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquél que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros».

El Padre resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos gracias al Espíritu que le ungía y que habitaba en Él. De manera semejante, gracias a ese mismo Espíritu que mora en los fieles, vivificará sus cuerpos mortales. De suerte que el *Padre* es «Aquél que resucitó a Jesús»; el *Espíritu*, si es lícito hablar así, es el «instrumento del Padre» para vivificar el Cuerpo exánime de Jesús y el de los hijos; Jesús es el Hijo glorioso, eternamente y actualmente engendrado

---

86. Esa suprema manifestación de la paternidad divina en el misterio de la Cruz —en el Hijo muerto en la Cruz— es contemplada por Juan Pablo II en *Dives in misericordia*, nn. 47-49. 56-57 y en *Dominum et vivificantem*, nn. 31.39-40.

por el Padre en el Espíritu. Y los *hombres* participan de esta paterinidad y de esta gloria que reproducirá en ellos la imagen del Primogénito entre muchos hermanos<sup>87</sup>. De este modo en Cristo, somos cuerpo resucitado: una nueva creación del Padre que nos hace entrar en su Reino, ya que «pasó lo viejo; todo es nuevo»<sup>88</sup>.

#### 4. *El Arquetipo y la Imagen*

El Padre no sólo es Origen sino Modelo originario. Para los latinos sería el «Exemplar»; para los griegos el *arjetypos*, o mejor el *arjé* (Ejemplar originario y Prototipo).

No hay platonismo —mejor dicho, no hay plotinismo— en la afirmación de que el Prototipo es *invisible, eterno, infinito, trascendente*, mientras su traducción terrestre —la imagen— es *empírica, histórica, humana*. El prototipo es inalcanzable por la «inteligencia sentiente»<sup>89</sup>, al paso que la imagen entra por los sentidos; si bien no consigue comunicar a través de esa captación sensorial toda la riqueza del ser que ella posee o sugiere. Por eso, la imagen es asimismo símbolo de lo que no se ve con los ojos sino que acaso se entiende con la mente o se cree con la fe. La imagen es, en definitiva, símbolo o *anticipación* de los bienes futuros que esperamos y que Alguien nos *hace recordar* como pertenecientes a nuestro primer Origen.

En mi obra «*La Humanidad de Dios*» traté de poner las bases, más que explicitar consecuentemente, de la teología de la Imagen<sup>90</sup>. Ahora debería decir, ante todo, que el Prototipo permanece inaccesible por ser Verdad y no apariencia; es Espíritu y Vida, no

87. Rom 8, 29.

88. Ap 21, 5; 2 Cor 5, 17.

89. X. ZUBIRI, *Inteligencia sentiente*, Madrid 1980. Por inteligencia sentiente entiende Zubiri algo parecido al «espíritu en su condición carnal» de J. Maritain. Es la inteligencia radicada en la sensibilidad y mediada por ella.

90. J. M. ROVIRA BELLOSO, *La Humanitat de Deu*, Barcelona 1984, pp. 38-48; 116-119; 130-143; 160-167; 216-232.



manifestación sensible. Y a pesar de ser inaccesible, gravita y actúa sobre la interrelación humana como a través de una doble paradoja: la de un *silencio* que incluye la *acción creadora* de las personas desde su más secreta intimidad; y la de una *presencia* que, por el hecho de venir siempre de «más allá» de nosotros mismos puede llegar a sentirse como desconcertante ausencia.

Pero el Padre, el Arquetipo, se manifiesta en la Imagen: en el Verbo Unigénito hecho carne, cuya compañía señala y llena de sentido nuestra historia, nuestra vida y nuestra muerte. Esta es, reducida a su más esencial fundamento, la *economía divina*: la divina dispensación, según la cual lo que sólo puede ser invisible se ha presentado y visibilizado aquí, en la Imagen del Hijo del Hombre que viene de Dios. Basilio el Grande ha acuñado una fórmula feliz:

«(El Paráclito), como un sol que invade la mirada más pura, te mostrará en sí mismo la Imagen del Invisible. Y en la bienaventurada contemplación de la Imagen, tú verás la indecible belleza del Arquetipo»<sup>91</sup>.

Esta dispensación divina dispuesta en los dos niveles, el de la invisibilidad del *Exemplar* y el de la visibilidad de la *imagen*, da lugar a algo literalmente específico del NT. Algo que podemos llamar la ley del «*así como*» o *ley de la correlación* que abarca al Ejemplar y a la Imagen, lo cual supone donación, semejanza y exigencia:

a) Donación, porque *así como* el Padre ha dado el Reino a Jesús, así Jesús nos lo ha dado a nosotros<sup>92</sup>.

b) Semejanza, porque *así como* el Padre ama a Jesús, así nos ama a nosotros; y así como el Padre está en Jesús, así el Padre y el mismo Jesús están en nosotros, de manera que hay una semejanza «substantial» entre las imágenes y el Prototipo.

---

91. BASILE DE CESAREE, *Sur le Saint-Esprit*, IX, 23, Sources Chrétiennes, Paris, p. 328. Ver también de S. BASILIO, *Epistula* 226, 3, PG 32, 849 A: «Nuestro espíritu iluminado por el Espíritu, fija su mirada sobre el Hijo y en Él, como en una Imagen, contempla al Padre».

92. «Así como mi Padre dispuso el Reino para mí, así Yo por mi parte dispongo el Reino para vosotros» (Lc 22, 29).

c) Exigencia, porque *así como* el Padre nos ama —y así nos ama Jesús— así *debemos* amarnos unos a otros como Él nos amó, y debemos caminar como Él anduvo<sup>93</sup>.

He aquí, por tanto, basado en la ejemplaridad del Padre, el fundamento de la Revelación, la Estética y la Ética cristianas, fundamentadas respectivamente en la Palabra y en el Don; en la Figura concreta que toma la Imagen de Jesús al pasar por la escena de este mundo; y en el imperativo evangélico para que el hombre, libremente y sólo libremente, alcance la semejanza con el Padre:

Porque la Imagen del Dios invisible es Cristo<sup>94</sup>, pero todos los hombres son imagen y semejanza del Padre:

«El que es la compasión quiere que seas compasivo, el que es la justicia quiere que seas justo. Así el Creador aparecerá en su criatura, y en el espejo del corazón humano resplandecerá la imagen de Dios, dibujada por las líneas de la semejanza»<sup>95</sup>.

5. *Ante el Padre, la actitud primordial de Jesús es la confianza, complementada por la disponibilidad hacia su voluntad u obediencia*

*Confianza familiar, llena de amor.* Así deben interpretarse los textos básicos: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»<sup>96</sup> o «Que sepa el mundo que yo amo al Padre»<sup>97</sup>. No es difícil mostrar que esta confianza filial lleva a la comunión en un mismo Espíritu *koinonia*. Pero es un tema situado en la frontera de nuestro trabajo. Hasta tal punto que pertenece ya a la eclesiología. E incluso a una traducción humanística de la *comunión* a la que debemos dar el viejo nombre de fraternidad.

No obstante, hay un punto específico que entra de lleno en nuestro estudio. Es, precisamente, el de la confianza en Dios, en

---

93. 1 Jn 2, 6.

94. Col 1, 15.

95. SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 95. Sobre las Bienaventuranzas*, PL 54, 465.

96. Lc 23, 46.

97. Jn 14, 31.

cuanto es Padre que *promete* y *crea* un futuro de Vida para el hombre finito. En efecto, la confianza en el Padre se muestra en toda su intensidad y extensión cuando se la coloca en contraste con «el último enemigo»: la muerte. Entonces la confianza descansa tan sólo en Aquél que puede crear y engendrar a sus hijos con una fuerza mayor que la amenaza omnipresente de la muerte, de la nada y del olvido, que se presentan con la apariencia de ser las secuelas *naturales* que acompañan a toda persona y a toda cultura.

En definitiva, el Padre es el fundamento y el horizonte de la confianza inquebrantable. Él se ha comprometido a dar Vida al más desvalido y pobre: al que ha muerto. Por eso nuestra fe es plena confianza en que:

«Dios... da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean»<sup>98</sup>.

Muchas veces oímos decir, e incluso vemos escrito, que tal persona notable «cree en algo», «cree que debe haber algo», aunque luego añade que este «Ser» o quienquiera que sea la energía o lo que exista allá arriba no es capaz de fundar para él una verdadera esperanza de vida y de vida eterna. Se cree, por tanto, en Algo o en Alguien —tal vez ha puesto en marcha al mundo— pero no se le cree capaz de *crear* futuro en la donación de su propia vida. Para mí es una y la misma cosa creer en Dios (Padre) y creer y esperar que ese Padre puede atraernos hacia su centro de Amor en el abrazo de su Vida, comunicada a los hombres y mujeres confinados en los límites del espacio/tiempo, cuando estamos ansiosos de «espacio/luz»<sup>99</sup>.

¿Qué significaría, aparte de un teísmo causalista pero débil y vago, la tendencia a «creer en algo» desprovista de la confianza en participar de la vida eterna de Dios?

Finalmente, el tema de la obediencia como recepción de la voluntad del Padre que no permite que nadie se pierda es algo que sale ya de los límites del presente artículo. Lo traté, por cierto, en

---

98. Rom 4, 17.

99. E. TRIAS, *Los límites del mundo*, Barcelona 1985, pp. 223-233.

la mencionada «*La Humanidad de Dios*» y no me parece necesario ni correcto repetir lo indicado allí. Es suficiente subrayar que esta doble actitud de confianza total y de identificación con el Padre, por la plena disponibilidad y obediencia a realizar su *obra*, se da en el Hijo porque el Hijo no es solamente *semejante* al Padre sino *consustancial*:

«Nada hay más parecido a la función paterna que la función de 'hermano mayor' que le atribuye al Hijo Jesús la carta a los Romanos: 'para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos' (Rom 8, 29). Quiero decir que lo filial, más que rivalidad con lo parental, es —sobre todo— la 'variación sobre lo mismo', como diría E. Trias: una nueva actualización del ser y del hacer del Padre, como lo expresó con gran intuición Juan: 'el Padre siempre está conmigo'; el Padre siempre actúa y yo, asimismo, actúo; 'yo hago siempre el querer del Padre'; etc.

Incluso en esta tierra, a pesar de la dialéctica edipiana y de la rivalidad paterno/filial, resulta ser que lo que se parece más a un padre... es su propio hijo.

Este me parece ser el camino para dar cuenta del por qué ese Hijo, en Dios, es también Logos. El rostro de un niño nos dice, en imagen imperfecta, cómo son sus padres. El Logos divino lo dice adecuadamente. Dice adecuadamente cómo es Dios (Padre) también después que ha tomado la carne y la 'forma' del hombre»<sup>100</sup>.

Ya el P. Joseph Huby decía que la Imagen que es Cristo es de tal perfección que iguala a su Modelo<sup>101</sup>. En otras palabras, y para decirlo como San Juan Damasceno: «El Hijo es presencia del Padre: *es en todo idéntico al Padre*, y sólo difiere de él por el hecho de ser engendrado»<sup>102</sup>. Por eso, si el Padre es el que lo da todo, el Hijo es, ni más ni menos, el que lo recibe todo para darlo asimismo en el dolor y gloria supremos de la Pascua.

---

100. J. M. ROVIRA BELLOSO, *El Padre, fuente original de la salvación*, en «Estudios Trinitarios» XVIII/3 (1984) 353.

101. J. HUBY, *Saint Paul. Les Épîtres de la Captivité*, Paris 1947, p. 36.

102. SAN JUAN DAMASCENO, *De imaginibus oratio*, I, 9; PG 94, 1240.

*Conclusión: La fórmula «Padre, incluso Madre» y las críticas de Freud a la religión del Padre*

Puede parecer extraño que, en una teología sobre el Padre, no hayamos hecho referencia hasta el final a las críticas acerca de la religión del Padre que tan populares se hicieron en los años cincuenta y sesenta. Estas críticas, que procedían de los escritos de Freud<sup>103</sup>, dieron lugar a un amplio debate interior al cristianismo<sup>104</sup>. Un extenso, documentadísimo, trabajo sobre el tema, realizado en nuestro Departamento de Teología, deja constancia del ambiente ideológico de aquellos años<sup>105</sup>. Vaya todo esto por delante, para justificar que no minimizo estas críticas. Al contrario. Han servido para procurar que las bases de la teología del Padre tuvieran la amplitud debida.

Creo que estas críticas tienen dos grandes puntas:

1ª.- La religión del Padre tienen la estructura de la *ilusión* ya que no es más que la proyección ilusoria del anhelo de seguridad y de protección que nace en la creatura desvalida: el sueño de un padre grandioso y providente es la forma que toma la proyección de aquel deseo.

Creo haber reflexionado de forma suficientemente intensa y extensa sobre esta primera, y más importante, objeción en mi *Revelación de Dios. Salvación del hombre*<sup>106</sup>. Mi respuesta, resumida al máximo, aceptaba el hecho del «desvalimiento» de un ser que, quierase o no, *se sabe* encarado a la muerte. Pero con esto, todavía no

---

103. S. FREUD, *El Porvenir de una ilusión*, en *Psicología de las masas*, Madrid 1969, pp. 160-171; *El malestar en la cultura*, Madrid 1978, pp. 7-29; ver también *Totem y Tabú*, Madrid 1969, pp. 39-51; 60-71; 115; *Psicología de las Masas*, Madrid 1969, pp. 31-47; *Moisés y la Religión Monoteísta*, en *Escritos sobre judaísmo y antisemitismo*, Madrid 1970, pp. 62-71.

104. J. M. POHIER, *Au nom du Père*, Paris 1972; traducción castellana: *En el nombre del Padre*, Salamanca 1976; *Quand je dis Dieu*, Paris 1977; G. MENDEL, *La révolte contre le Père*, Paris 1968; traducción castellana: *La rebelión contra el Padre*, Barcelona 1971. Como interpretación cristiana: P. RICOEUR, *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Paris 1965; A. VERGOTE, *Le Nom de Père. L'écart de la topographie symbolique*, en *L'analyse du langage théologique. Le Nom de Dieu*, Vol. I, Paris 1969, pp. 257-269; *Psicología religiosa*, Madrid 1969.

105. LL. DE LLOBET, *La paternidad de Dios a la luz del Psicoanálisis*, 2 vols., Fac. de Teol. de Catalunya, Barcelona 1986, *pro manuscripto*.

106. J. M. ROVIRA BELLOSO, *Revelación de Dios. Salvación del hombre*, Salamanca 1982, pp. 36-52.

se ha dicho nada acerca de la cualidad de la expectativa religiosa. Mi reflexión distinguía entre *estructura formal* de la esperanza, que podía ser muy parecida a la estructura formal de la ilusión (de la misma manera que una situación que bien acaba se asemeja al final feliz de los cuentos) y *motivos reales* en los que se basaba la expectativa religiosa, los cuales respondían mucho más a la espera y esperanza *bien fundada* que a la ilusión infantil.

2ª.- La religión del Padre, crea el predominio casi absoluto de lo masculino. A menos que se busque compensar este desequilibrio a base de magnificar elementos de esa misma religión del Padre (por ejemplo, la Madre de Jesús) que coloquen la dimensión femenina en el lugar existencial que le es propio en la vida. La base freudiana de estos reproches es innegable<sup>107</sup>.

La crítica apuntada en segundo lugar puede encontrar hoy día una respuesta —laboriosa, necesitada de precisiones, pero en definitiva verdadera— en una senda que la teología cristiana habrá de recorrer con sosiego y profundidad. Esta pista la constituye la famosa frase, casi una exclamación, lanzada por Juan Pablo I en uno de sus comentarios dominicales. «Dio è Padre: anzi è madre»<sup>108</sup>. Me propongo tan solo dejar orientada la reflexión.

En primer lugar, la materia de reflexión ha de buscarse en la contemplación de la realidad misma del Amor de Dios, mucho más que en las palabras o en las formulaciones teológicas. La Encíclica *Dives in Misericordia* señala el camino correcto cuando se refiere a la segunda acepción del amor en el AT: *Rahamim*:

«El segundo vocablo que en la terminología del Antiguo Testamento sirve para definir la misericordia es *rahamim*. Éste tiene un matiz distinto del *hésed*. Mientras éste pone en evidencia los caracteres de la fidelidad hacia sí mismo y de la 'responsabilidad del propio amor' (que son caracteres en cierto modo masculinos), *rahamim* ya en su raíz *denota el amor de la madre* (*rehem* = regazo materno). Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el

107. S. FREUD, *Moisés y la religión monoteísta*, o.c., pp. 42.63.196-198; 213, nota 42.

108. JUAN PABLO I, *Alocución del Angelus*, 10.IX.1978, *Osservatore Romano*, 12.IX.1978.

niño, brota una relación particular con él, un amor particular. Se puede decir que este amor es totalmente gratuito, no fruto de mérito, y que bajo este aspecto constituye una necesidad interior: una exigencia del corazón. Es una variante casi 'femenina' de la fidelidad masculina hacia sí mismo expresada en el *bésed*. Sobre este trasfondo psicológico, *rahamim* engendra una escalada de sentimientos entre los que están la bondad y la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la disposición a perdonar» 109.

En este punto, la Encíclica muestra el realismo de la ternura de Dios, anunciada en el Deuteronomio, en los Salmos y en los Profetas. Reflejada en la plenitud de los tiempos en el rostro de Cristo que «todo lo hizo bien... que pasó haciendo el bien, porque Dios estaba con Él» 110.

En segundo lugar, hay que explicitar que la cualidad del Amor de Dios asume los rasgos del Padre y de la Madre. Asume los rasgos del Padre que sabe iniciar a su hijo en la vida, como sugiere Gal 4, 4 cuando dibuja el envío del Hijo al mundo para redimir a los sometidos a la Ley. Asume los rasgos del Padre que no ahorra a su Hijo el paso —paso de Pascua— por la dureza de la Vida, culminada por la Resurrección entendida como engendramiento y re-creación.

Asume los rasgos de la Madre, que es amor tierno y cariñoso, lo que me hace pensar siempre en algo que los Sinópticos tienen en cuenta, a saber, que el Padre posee el Espíritu de Amor, el cual *por eso* es el «Espíritu de mi Padre», tal como se lee en Mt 10, 20. Esta ternura gratuita a la vez que fecunda, ese amor que no necesita otra justificación sino su misma bondad, ha sido reflejado de modo genial por San Bernardo, quien lo refiere al matrimonio *espiritual*: unión gratuita y personal entre el Espíritu de Dios y el espíritu del hombre:

«Abrazo, ciertamente, cuando un mismo querer hace de dos espíritus uno sólo. Dícese amor de amar, no de honrar. El amor abunda para sí. El amor, cuando viene traduce y cautiva en sí mismo a todos los afectados, por eso ama lo que ama y no sabe otra cosa. (El amor)

---

109. DM, 4, nota 52.

110. Mc 7, 37; Act 10, 38.

está por sí, agrada por sí y por causa de sí. Él es para sí el mérito; él, su premio. El amor no requiere causa además de él, sino fruto. Su fruto es su uso. Amo porque amo. Amor por amar»<sup>111</sup>.

La cualidad del Amor paterno/materno de Dios permite evitar las dos objeciones de la *segunda punta crítica freudiana*: El amor del Padre, aunque es bueno porque señala la Ley, es también castrador y puede llegar a infantilizar al hijo, que se encuentra «sujeto/sujetado» ante el Padre, como decía Althusser<sup>112</sup>, completando la crítica de Freud. La respuesta se ha dado ya implícitamente: el Amor de Dios *acoge* gratuitamente y *envía* a realizar de manera adulta y libre una obra de liberación y de servicio. Acoge y deja ser en el gozo de la Madre, y —al mismo tiempo— envía y hace ser, en la misión del Padre. Por eso, permanecen equilibrados lo femenino y lo masculino, sin primacía exclusiva de lo patriarcal o masculinizante.

Este equilibrio masculino/femenino en la entraña misma de la divina dispensación, es el que permite precisamente comprender a María como la *visibilización* de la suavidad «materna» del Espíritu Santo del Padre y del Hijo. No creo exacto decir que María personifique en el sentido más fuerte, como en una unión hipostática, al Espíritu Santo. Pero sí puede decirse que lo visibiliza con su afectuosa solicitud de madre, de hermana, de sencilla colaboradora de Dios: ya sea en lo más humillado, como es el desconcertante resplandor de la gloria del Padre en la Cruz, ya sea en lo más alto: como participación en la paternidad divina, actualizada en la Resurrección y en la continua re-creación de las personas y de las comunidades.

Josep M<sup>a</sup> Rovira  
Facultad de Teología  
BARCELONA

---

111. S. BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 83, 3, en *Obras Completas*, II, Madrid 1955, p. 555.

112. L. ALTHUSSER, *Escritos 1968-1970*, Barcelona 1971, pp. 148-167.